

Sujetos del lenguaje, sujetos de la ideología

La obligación de una perspectiva crítica para el Análisis del Discurso

A
M
C
L
A
J
E
S

[18]

Tramplias

Presentación: sobre ciertos equívocos y ciertos olvidos

Los estudios sobre el lenguaje han asistido en los últimos años a la consolidación de un campo abierto al feliz encuentro de varias disciplinas; se trata del *análisis del discurso*. Su objeto ha conocido múltiples definiciones y otros tantos abordajes teóricos y metodológicos, y mal o bien se ha rendido a su domesticación en los ahora infaltables *manuales de análisis del discurso*, donde el paraguas y la máquina de coser pueden finalmente reunirse sobre la mesa de disección. En este campo, cada orientación

tiene su lugar. Una de ellas se denomina a sí misma *análisis crítico del discurso*, y toda su diferencia se cifra, como es evidente, en la inclusión de un adjetivo. Ahora bien, este nombre debería llamar la atención; puesto que, si una corriente del análisis del discurso reclama un derecho exclusivo a las causas o las consecuencias *críticas* de su tarea, podría inferirse que las demás opciones en este campo harán análisis del discurso, pero no serán *críticas*.

La discusión así abierta, y que será uno de los ejes de este artículo, puede plantearse de esta manera: en primer lugar, cabe

Juan Pablo Zangara

Licenciado en Comunicación Social y Profesor en Letras, UNLP. Integra las cátedras Comunicación y Teorías y Lingüística y Métodos de Análisis Lingüístico, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Docente a cargo del Seminario Interdisciplinario sobre Revistas Literarias, FPyCS, UNLP, y de cursos sobre Periodismo Cultural.

preguntarse por las características que debe presentar un modelo o una teoría del análisis del discurso para constituirse en crítica, y la argumentación se ha de sostener a partir del problema de la ideología en clave marxista, considerando además su deriva en los últimos tiempos, en paralelo -y combate constante- con cierto discurso celebratorio de una sociedad o un mundo pos-ideológicos. En segundo lugar, se ha de sostener que todo análisis del discurso que no incorpore ese componente crítico sólo puede convertirse en una técnica -o más precisamente una *tecnología* en sentido foucaultiano- que se integrará a un rol instrumental en la reproducción de los mecanismos de poder.

El segundo eje de este artículo tiene que ver con un llamativo olvido que suele caracterizar a los manuales de análisis del discurso y, en general, a las teorías y las investigaciones que reclaman su derecho a integrar este campo. En cuanto olvido resulta muy significativo, ya que involucra la filiación posible con un saber que ha hecho de los olvidos una de sus claves teóricas; la referencia es, por supuesto, al psicoanálisis, y a uno de los textos fundadores de Sigmund Freud, "La interpretación de los sueños". Se intentará demostrar no sólo la relevancia que el psicoanálisis tiene para un análisis crítico del discurso -lo que no siempre es destacado por esa misma orientación-, sino también que el modelo de la interpretación de los sueños que Freud desarrolló representa un modelo para el análisis discursivo, o bien una fuente imprescindible para considerar las potencialidades que

los estudios del lenguaje pueden desplegar.

Primer retorno de lo reprimido: una vez más, la ideología

Dos representantes y defensores del análisis crítico del discurso, Norman Fairclough y Ruth Wodak, indican que esta orientación se basa en "una visión propia y distintiva de la relación existente entre el lenguaje y la sociedad" (Fairclough y Wodak 2000: 367). Esa relación es concebida a partir de las formulaciones de Antonio Gramsci sobre la hegemonía, y en especial la revisión que Louis Althusser hizo de la ideología (en el caso de Fairclough). El lugar que han ocupado estos dos términos en el discurso del marxismo, las interpretaciones, dificultades y discusiones que han generado, merecerían un minucioso examen que excede el espacio y los objetivos de estas notas. Para concentrar la atención sobre los tópicos establecidos al comienzo, interesa señalar algunas cuestiones que atañen a uno de los elementos de la relación indicada, la concepción del lenguaje -y en términos más amplios, la cultura- en los textos marxistas.

Es importante recordar que no hay una *teoría de la ideología* en los escritos de los padres fundadores del marxismo; algunos autores se han ocupado de señalar incluso los varios sentidos implicados en el uso que Marx y Engels han hecho de este término (Eagleton 1997; Hall 1981, 1998a y 1998b). Ahora bien, más allá de las imprecisiones semánticas en escritos en los que la teoría va de la mano con la intervención política (no está de más recordar que ésta es la

segunda de las características distintivas del análisis crítico del discurso para Fairclough y Wodak), todos los usos del término se dirigen a considerar un mismo problema. Stuart Hall lo ha precisado como sigue: "El problema de la ideología consiste, dentro de la teoría materialista, en dar cuenta del modo en que surgen las ideas sociales. Necesitamos entender cuál es su rol en una formación social particular, en tanto da forma a la lucha para cambiar la sociedad y abre el camino hacia una transformación socialista. Por ideología entiendo los marcos mentales -los lenguajes, los conceptos, imágenes de pensamiento y los sistemas sociales de representación- que diferentes clases y grupos sociales utilizan para dar sentido, definir, configurar y volver inteligible el modo en que funciona la sociedad" (Hall 1998b).

Las reflexiones iniciales de Marx y Engels apuntaban a concebir varias cosas como elementos inseparables de una teoría: el origen social del lenguaje; la medida en que las condiciones sociales determinan¹ las formas y los usos del lenguaje; el énfasis en la realidad material del lenguaje como práctica humana distintiva. El carácter de este enfoque es necesariamente crítico, en la medida en que es crítica la teoría social e histórica postulada por estos autores. Sin embargo, el desarrollo posterior de la teoría marxista volcó todo su peso sobre el análisis de las determinaciones económicas, y la hipóstasis del esquema base/superestructura -y la importancia central de la base- derivó en una concepción subordinada de la superestructura. Esto tuvo dos consecuen-

cias relevantes para el problema de la ideología: por un lado, aquellos enfoques que continuaban con las ideas originarias sobre la realidad social del lenguaje fueron desplazadas o ignoradas por la ortodoxia; es el caso del círculo de Bajtín y Voloshinov. Por otro lado, la ideología - que involucra al lenguaje y la cultura en general, v. Hall 1981- terminó reducida a un mero epifenómeno, atrapada en las vicisitudes de la *metáfora del reflejo*, sin entidad propia suficiente; y en el uso clásico que se hizo de ella en los estudios de comunicación, su carácter discursivo - el espesor, la opacidad, la materialidad del lenguaje- resultó desplazado, si no envuelto en una forma de interpretación que no hizo más que sacarse de encima el cuerpo del discurso para ir en busca de los sentidos ocultos detrás, en el simbolismo de clase implícito, en el diccionario de las claves económicas².

Es importante detenerse en esta relación entre el lenguaje y la sociedad en las contribuciones de Bajtín y Voloshinov. Ellos han sido los primeros en subrayar que “la realidad de los fenómenos ideológicos es la realidad objetiva de los signos sociales; que al derivar la ideología de las bases económicas de la sociedad, se pasa por alto lo esencial del fenómeno ideológico; que no se puede separar el signo de las formas concretas de la comunicación social y que no se pueden separar las formas de la comunicación de sus bases materiales, en tanto la existencia reflejada en el signo no tanto se refleja

propiamente como se refracta en él”. (Voloshinov 1929).

Sostener que el signo posee una realidad material, que ésta no puede escindir-se de las formas concretas de la comunicación humana, y que esas formas no pueden ser separadas de las condiciones sociales donde tienen lugar, son otras tantas maneras de contribuir a la definición del discurso o las *prácticas discursivas*. Es también una apuesta por la génesis social del lenguaje, considerada por Marx y Engels en ciertos pasajes de *La ideología alemana*. El punto central pasa por la *materialidad del signo*; las consecuencias de esta afirmación debieron aguardar que todo un siglo de estudios sobre el lenguaje convenciera a los teóricos del marxismo sobre el error que cometían cuando insistían en que la única realidad decisiva para la lucha de clases se hallaba en la infraestructura económica, fuera del lenguaje. El círculo de Bajtín sostenía la posibilidad de considerar que el lenguaje (los discursos, los enunciados) no es sólo la forma en que se traducen o expresan las luchas sociales; *el lenguaje también es el terreno y el objeto de la lucha de clases*³.

Una figura incómoda: Althusser tenía razón

Si el componente crítico nunca había faltado en la mirada que el marxismo desplegó sobre lo social, la materialidad del signo ideológico y sus consecuencias quedaron rezagadas o simplemente excluidas.

Fue Louis Althusser el que abrió el camino para volver a considerar a la ideología en un sentido discursivo, mediante la integración del psicoanálisis; pero su propuesta sobre los aparatos ideológicos de Estado eclipsó - en especial en los estudios de comunicación- el carácter radical de las tesis sobre la ideología. Los estudios culturales británicos, la corriente crítica del análisis del discurso y la renovación teórica del “posmarxismo” reconocen por igual en esas tesis un punto de partida obligado, aun cuando se cuestione la manipulación del psicoanálisis. En otro artículo se tratarán en detalle esas tesis y sus límites⁴; aquí se mencionará brevemente lo que implican para el análisis del discurso.

Otra manera de explicar la “visión propia y distintiva” que hace crítico al análisis del discurso pasa por la “desnaturalización” del lenguaje. Como señala Fairclough, las interacciones cotidianas implican diversos grados de naturalización ideológica (representaciones y prácticas ideológicas que no son consideradas como tales, sino “sentido común”), que remiten a las relaciones entre los niveles micro y macro de la estructura social. Este vínculo entre prácticas e instituciones sociales proviene de Althusser; y el problema de la “naturalización ideológica” es un aspecto ausente en el análisis “descriptivo” de los discursos (Fairclough 1995: 28).

Esta “naturalización” había sido examinada en “Marxismo y humanismo”, uno de los primeros

textos que subraya el carácter discursivo de la ideología. Allí se sugiere que la relación de los sujetos con sus condiciones de existencia debe pensarse como imaginaria, pues es mediada por la ideología, un sistema de representaciones (“imágenes, mitos, ideas o conceptos”) que integra de manera orgánica toda formación social. “Son objetos culturales percibidos-aceptados-soprotados que actúan funcionalmente sobre los hombres mediante un proceso que se les escapa” (Althusser 1971:193). Esas representaciones conforman el “sentido común”, los “sentidos prácticos” cotidianos, sobre cuya naturaleza y mecanismos los sujetos no suelen interrogarse, en tanto constituyen el mundo vivido de modo inconsciente. Insistir en esta dinámica social y preguntarse por ella es clave para una crítica de los discursos.

La tesis althusseriana sobre la materialidad de la ideología-prácticas insertas en rituales regulados por y en los aparatos ideológicos (Althusser 1984)-, más allá de las críticas por su acendrado reproductivismo de las estructuras, ha contribuido a reconsiderar los asuntos del lenguaje en términos de prácticas materiales, cuando la ideología era considerada cuestión de ideas con cierto grado de abstracción. Pensar a la ideología como cuestión de prácticas acerca el problema a la vida cotidiana y los múltiples rituales que la constituyen, donde el lenguaje debe entenderse más allá de lo lingüístico o lo representacional, y obliga a mirar a la vez, en doble dirección, de las estructuras a las situaciones y de éstas a las estructuras (Fairclough 1995).



El enfoque de Althusser, además, se dirige a destronar la ideología del sujeto “libre”, dotado de una conciencia autónoma y soberana. La tesis de la interpelación, también formulada en términos discursivos, ha sido un aporte decisivo para muchas áreas de investigación⁵; varios autores la han vinculado además con la teorización sobre las “posiciones de sujeto”⁶. Y remite a la introducción que hacía D. Maingueneau en los inicios de la lingüística discursiva, cuando advertía que la teoría de la enunciación no debía reintroducir aquello contra lo que se había construido: “la autonomía del sujeto, la del ‘habla libre’” (Maingueneau 1989: 113).

El análisis del discurso como tecnología

La perspectiva crítica que comparten las orientaciones mencionadas (análisis crítico del discurso, estudios culturales, “pos-

marxismo”) recupera la centralidad de los problemas teóricos y políticos -a la vez- que suscitan términos como ideología y hegemonía desde el momento en que se consolida un nuevo bloque discursivo dominante, que celebra el fin de las ideologías, que instala la buena nueva de la globalización, y que forma parte de la transformación económica, social y política resumida en el término “neoliberalismo”. Entre sus características principales se encuentra el rol de los medios de comunicación y la industria cultural mundializada, aunque no siempre se repara en el papel crucial que han pasado a jugar en este proceso los dispositivos discursivos.

Podrían indicarse dos tendencias en esta *discursivización* de lo social. Por un lado, las cuestiones del lenguaje, el diseño de estrategias discursivas, los recursos retóricos, el dominio de las situaciones enunciativas, ocupan cada vez más el centro

de la gestión empresarial y del mismo Estado, no sólo en lo que hace a los puestos directivos, sino también en las situaciones micro. En una serie de estudios sobre el *thatcherismo* en Gran Bretaña, Fairclough propuso referirse a la *tecnologización* de los discursos⁷, sobre la base de la idea foucaultiana de *tecnologías de poder*, es decir, los dispositivos de la microfísica del poder y la dimensión discursiva de esos dispositivos (Fairclough, op. cit.).

Por otro lado, si esta reconfiguración global de las prácticas discursivas fuera considerada como un solo discurso dominante, habría que destacar en él una instancia reflexiva que constituye todo un rasgo de época. Por "instancia reflexiva" se entiende la capacidad de este discurso para pensarse a sí mismo como tal y reflexionar sobre sus propios mecanismos. Esto se hace evidente en el caso de la industria cultural; películas, dibujos animados, series de televisión, publicidades, casi ningún producto escapa a la tentación de dialogar con su propia pertenencia de género, con la red de reenvíos intertextuales con otros productos, con los guiños de la parodia y el pastiche. Pero es un rasgo presente en otros discursos, como el político, donde se ha vuelto habitual el recurso al distanciamiento irónico respecto de sus propias preceptivas genéricas. Esto supone un enorme desafío para el análisis crítico del discurso, ya que a menudo el mismo discurso dominante integra esa dimensión crí-

tica a su modo de funcionamiento.

No significa que el problema de la ideología haya desaparecido del horizonte, sino que ha cambiado de forma. Antes que una época pos-ideológica, la centralidad de los mecanismos discursivos convierten a la actual en una época mucho más ideológica; pero el nivel y la complejidad de los cambios en esos mecanismos requieren mucho más que antes de un enfoque de análisis crítico. Y esa capacidad crítica sólo puede provenir de la herencia marxista, al menos en los términos hasta aquí considerados. Si no se asume como crítico, el análisis del discurso corre el riesgo de ser absorbido por las dinámicas de la tecnología antes señalada.

En esta línea cobra especial importancia la revisión propuesta por autores como Slavoj Žižek sobre el problema de la ideología (Žižek 1989), o Ernesto Laclau y Chantal Mouffe sobre la teoría gramsciana de la hegemonía (Laclau y Mouffe 1987). Esta noción es central en los trabajos de Fairclough, aunque éste se separa considerablemente del psicoanálisis y prefiere apoyarse en la tradición marxista; en cambio, el "posmarxismo" ha avanzado mucho más en la integración de Freud y Lacan, junto con una deconstrucción y reconstrucción discursiva de la cuestión de la hegemonía.

Segundo retorno de lo reprimido: el olvido del psicoanálisis

Se mencionó antes la importan-

cia de haber recuperado el aspecto material del lenguaje para un análisis crítico del discurso, en lo que hace tanto a la mediación constitutiva del lenguaje en el universo humano como a la necesidad de pensar al lenguaje como cuestión de prácticas inscritas en dispositivos o estructuras sociales. Un enfoque crítico de los discursos debe pasar necesariamente por una concepción descentrada del sujeto enunciativo, a partir de las tesis althusserianas sobre la ideología y las investigaciones de Foucault sobre los discursos (Foucault 1991), que obligan a pensar a los sujetos como constituidos por las mediaciones o los dispositivos discursivos y no como origen del lenguaje y sus usos.

De lo que se trata es de prestar atención a *lo que efectivamente se dice*, no ya como traducción de determinaciones sociales sino como instancia constitutiva de esas determinaciones; los mecanismos de poder y las resistencias que articulan se juegan también -y cada vez más en las sociedades actuales- en los discursos, en los modos de nombrar lo social y atribuirle sentido. Lo efectivamente dicho no *refleja* lo social; en todo caso *refracta* lo social, porque la mediación del lenguaje es insuperable y el cuerpo de los discursos tiene sus propias formas de ser. Un paso más en esa línea es decir que los discursos no reflejan ni refractan: ellos mismos constituyen lo social, son lo social (Laclau y Mouffe, op. cit.).

Este énfasis en lo que efectivamente se dice tiene que ver con un siglo XX marcado por los estudios y la reflexión sobre el lenguaje, en filosofía y ciencias sociales; sin embargo, las referencias en los manuales de análisis del discurso (cf. Maingueneau 1989, Lozano et al. 1993, Calsamiglia y Tusón 1999, van Dijk 1992 y 1999), tan minuciosos por lo demás sobre las múltiples disciplinas aprovechadas, suelen dejar de lado uno de los primeros trabajos -si no el primero- que hizo de lo efectivamente dicho la clave para una concepción radical del sujeto humano y del lenguaje. Se trata del psicoanálisis, cuyo texto fundacional, *La interpretación de los sueños*, Sigmund Freud publicó por primera vez en 1900. A nadie escapa que las sucesivas reimpresiones del libro acompañaron el surgimiento de la preocupación por el lenguaje en la primera mitad del siglo XX. Por citar algunos hitos principales: son los años en los que Saussure da las clases de su *Curso de Lingüística General*; los años de la teoría literaria de los formalistas rusos, que puso por primera vez el eje en la forma misma de los textos, y la escuela inglesa del *New Criticism*, con su procedimiento del *close reading*; los años de las investigaciones de lingüistas como Jakobson, que con los formalistas será fundamental para el estructuralismo francés. Son también años de vanguardias estéticas como el dadaísmo y el surrealismo, que otorgan sentido a las expresiones sin sentido. Ninguna de estas líneas suele faltar en los inventarios mencionados (tampoco los aportes de la filosofía), pues todas comparten el interés

por el lenguaje mismo como objeto de estudio.

Freud, en cambio, resulta excluido. Y su interpretación de los sueños abrió un camino mucho más arriesgado, que comparte el mismo interés de esa época por el lenguaje como tal. Por si hiciera falta, él mismo lo señaló en el prólogo a la tercera edición (1911): "También me atrevo a predecir en qué sentidos se apartarán de éstas las futuras ediciones de "La interpretación de los sueños". Por un lado habrán de perseguir una vinculación más estrecha con el rico material de la poesía, del mito, los usos del lenguaje y el folklore; por otro, tratarán las relaciones del sueño con las neurosis y los trastornos mentales, aún más detenidamente" (Freud 1997: 345-346).

En este modelo de la interpretación onírica, se introduce la distinción entre *contenido manifiesto e ideas latentes*, de la que tantos autores se han valido -desde enfoques diferentes y hasta contrapuestos-; y no faltan ejemplos en el análisis ideológico clásico. El problema en este caso fue que se aplicó sobre la base del modelo base/superestructura, y se dejó de lado el aspecto que hace distintivo al análisis freudiano. El análisis parte del relato de lo manifiesto del sueño, para que el sujeto -mediante el recurso de la asociación libre, otra interesante sugerencia de método que el análisis del discurso a menudo aprovecha sin reconocer la deuda- relacione sus fragmentos con lo latente; pero esto no representa el final de la tarea. (En la crítica ideológica clásica, el contenido manifiesto del discurso es perforado y revela las ideas de cla-

se latentes que se ocultan detrás). El análisis se completa cuando se puede comprender qué mecanismos han intervenido para que de las ideas latentes surgiera el contenido manifiesto; en ese momento se hace patente el papel de la represión y el inconsciente, marcas de fábrica del psicoanálisis. La interpretación se dirige, pues, a comprender *la forma misma del sueño*, no a buscar su sentido más allá de él. Y esta exigencia metodológica, a la vez una exigencia teórica, obliga a mantenerse en el nivel del discurso como tal. Con esto se vuelve a la relevancia de la materialidad del lenguaje; autores como Žižek (op. cit.) han revisado de modo sugerente las equivalencias posibles entre el sueño y la ideología. En este modelo freudiano aparece por primera vez el concepto de la *sobredeterminación*, la pluralidad de factores determinantes en las formaciones del inconsciente⁸. Una vez más, Althusser fue el primero en tomar en préstamo esta idea para pensar las contradicciones del capitalismo; en tiempos más recientes, Laclau y Mouffe la han convertido en una categoría central para el análisis de la discursividad social desde la noción de hegemonía. También puede recordarse que los dos mecanismos del trabajo del sueño, *condensación* y *desplazamiento*, han sido asimilados a la distinción entre metáfora y metonimia por Lacan, a partir de la reformulación que propuso Jakobson para examinar los dos mecanismos básicos del lenguaje según Saussure, el eje de las asociaciones paradigmáticas y el de las combinaciones sintagmáticas. Y la concepción del sujeto

escindido que Freud puede perfeccionar a partir de sus averiguaciones sobre el sueño (en la medida en que las conclusiones obtenidas pueden aplicarse a otros ámbitos) es fundamental para un análisis crítico de la subjetividad, como se señaló en los apartados anteriores.

**Consideraciones finales:
la crítica más allá de la crítica**

Después de haber defendido la centralidad del problema de la ideología para un análisis crítico del discurso, después de haber subrayado la necesaria integración del psicoanálisis en la herencia marxista y de haber destacado algunas recientes contribuciones en ese terreno, habría que hacer lugar a un posible reproche que podría merecer este planteo. Reproche o salvedad, puesto que pueden señalarse trabajos e investigaciones de autores que

despliegan un análisis crítico del discurso y sin embargo, no suelen apoyarse en las líneas aquí reivindicadas; para mencionar un ejemplo relevante, podría ser el caso del mismo Teun van Dijk, que si bien ha dedicado un libro a la cuestión de la ideología (van Dijk 1999), en su obra se mantiene a considerable distancia tanto de un eje marxista mucho más explícito (como es el caso de Fairclough) como del aprovechamiento del psicoanálisis.

Todo depende de qué se entienda por crítica y qué alcance se reconozca a la herencia de Marx. En las exposiciones habituales sobre el análisis crítico del discurso, el término decisivo remite inequívocamente al marxismo; aunque sería más acertado hablar de la “herencia de Marx”, si se tiene en cuenta que la preocupación por la cultura (el lenguaje, la ideología) ha sido asumida por autores o corrientes

cuya adscripción al marxismo -o la ortodoxia marxista- no deja de ser problemática (la Escuela de Frankfurt, Gramsci mismo, Althusser), cuando no se trata de autores que directamente quedan excluidos de esa filiación (como en el caso de Bourdieu). Y sin embargo el diálogo con el marxismo es fundamental para el desarrollo de todos esos aportes, y sin ese diálogo (que a la vez implica el diálogo del marxismo con la herencia crítica de Hegel) la tarea de la crítica perdería su rasgo constitutivo. En otras palabras, se puede hacer crítica más allá de los espectros de Marx, pero esa crítica no pasará de una suerte de “integración progresista” al *statu quo*, si es que no termina en una refinada *tecnología* en la dinámica de la hegemonía. Será una crítica sin mayores alcances, superficial e ingenua, una crítica sin utopía y ¿para qué sujeto?

[Notas]

1 Para una revisión de la idea de determinación, v. Williams (1980). Se siguen aquí sus propuestas sobre “fijación de límites” y “ejercicio de presiones” en lo que hace al análisis de la cultura.

2 El ejemplo más célebre de este modelo de interpretación es el trabajo de Dorfmann y Mattelart, *Para leer al Pato Donald*.

3 Los estudios culturales británicos han reivindicado la importancia de las ideas de Bajtín y Voloshinov sobre la naturaleza ideológica del signo y su carácter “multiacentuado” (v. Williams, op. cit.; Hall, op. cit.).

4 Zangara, Juan Pablo. “Althusser recargado, o el retorno de la ideología” (en preparación).

5 En la corriente de estudios culturales, puede mencionarse la exposición de Fiske sobre la televisión (1987) y el interesante trabajo de Angela McRobbie sobre las revistas femeninas (1998).

6 Para una discusión sobre la dimensión discursiva de las “posiciones de sujeto”, v. García Hodgson (2005). La integración de las “posiciones de sujeto” en psicoanálisis al “posmarxismo” puede seguirse en Laclau y Mouffe (1987).

7 “Technologization of discourse is a process of intervention in the sphere of discourse practices with the objective of constructing a new hegemony in the order of discourse of the institution or organization concerned, as part of a more general struggle to impose restructured hegemonies in institutional practices and culture” (Fairclough 1995: 102).

8 Sobredeterminación: "Hecho consistente en que una formación del inconsciente (síntoma, sueño, etc.) remite a una pluralidad de factores determinantes. Esto puede entenderse en dos sentidos bastante distintos: a) la formación considerada es la resultante de varias causas, mientras que una sola causa no basta para explicarla; b) la

formación remite a elementos inconscientes múltiples, que pueden organizarse en secuencias significativas diferentes, cada una de las cuales a un cierto nivel de interpretación posee su propia coherencia". (Laplanche y Pontalis, 1983).

Bibliografía

ALTHUSSER, L.

La revolución teórica de Marx, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

ALTHUSSER, L.

Ideología y aparatos ideológicos de Estado, Nueva Visión, Buenos Aires, 1984.

CALSAMIGLIA BLANCAFORT, H. Y TUSÓN VALLS, A.

Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso, Ariel, Barcelona, 1999.

EAGLETON, F.

Ideología. Una introducción, Paidós, Barcelona, 1997.

FAIRCLOUGH, N.

Critical discourse analysis: the critical study of language, Longman, Londres, 1995.

FAIRCLOUGH, N. Y WODAK, R.

"Análisis crítico del discurso". En: van Dijk, T. (comp.), *El discurso como interacción social*, Gedisa, volumen 2, Barcelona, 2000.

FISKE, J.

"British Cultural Studies and Television". En: *Channels of Discourse. Television and Contemporary Criticism*, Univ. of North Carolina Press, 1987.

FOUCAULT, M.

La arqueología del saber, Siglo XXI, México DF, 1991.